

Los inquilinos

Imagen de un bloque de edificios. Nos acercamos lentamente y entramos. Subimos una pequeña rampa y escuchamos el ruido de los termostatos. A un costado los buzones. Nos fijamos en que hay un montón de cartas que sobresalen de un buzón. Giramos nuestra vista y como si flotáramos en el aire nos movemos hacia las escaleras. Subimos a la primera planta y vemos dos puertas, cada una con su felpudo. Nada fuera de lo normal. Subimos a la segunda planta y vemos una puerta vieja con un marquito de madera y bordes color dorado. Hay un nombre escrito. Subimos las escaleras pero escuchamos un ruido muy intenso. Nos detenemos. El ruido ha parado. Era... era como algo rascando. Muy fuerte. Avanzamos hasta la tercera y en una de las puertas hay un crucifijo. Al retomar nuestro corrido escuchamos algo caerse, pero no podemos darnos la vuelta. En la cuarta planta varias puertas sin nada llamativo. Nos quedamos un segundo y escuchamos un sonido. Es un perro. Nos acercamos a una de las puertas y escuchamos como comienza a sollozar. No podemos hacer nada por calmarlo y nos damos la vuelta. A medida que subimos las escaleras nos damos cuenta de que el perro ha dejado de llorar. Seguimos hasta la quinta planta sin nada importante. Solo el silencio. De repente escuchamos el correteo y las risitas de una niña. Subimos hasta la sexta planta. Vemos algunas pegatinas rosas en las paredes y unas líneas pintadas con colorines. Tenemos que seguir avanzando y escuchamos algo que rasca. No, algo frotando. No podemos girar la vista. Es imposible. El ruido aumenta y es como si nos estuvieran rascando dentro de la cabeza. Ahora también se escucha algo como espeso. Hacemos un esfuerzo enorme y giramos rápidamente la vista hacia atrás. Las paredes. Están limpias. No hay pegatinas ni colores. La pintura está reluciente. Húmeda. Nos percatamos de que algo sucede en este edificio. El silencio. Volvemos la vista y ascendemos hasta la séptima planta. Sentimos como algo es arrastrado de golpe detrás de una puerta. Nos quedamos paralizados. Un ruido, proviene de abajo. En las profundidades del edificio una puerta se cierra. El ruido lo inunda todo. Miramos hacia abajo, entre las barandillas. Clavamos nuestra mirada a pesar de que todo parece estar quieto. Hay algo... No aguantamos más y corremos arriba hasta la octava planta. Ruido de unas llaves tras una de las puertas. Las llaves se caen y nosotros corremos hacia la última planta. Abajo se abre la puerta. Pasos. Ahora se escuchan pasos. ¿Quién es? Nos asomamos y miramos hacia las profundidades del edificio. Entre la mezcla de barandillas, el abismo y las escaleras vemos figuras incomprensibles. Se mueven. Están subiendo. Suben. Pasos. Más pasos. Vienen a por nosotros. Nos persiguen. Miramos hacia adelante y solo hay una puerta. Intentamos abrirla. Ellos están viniendo. No se abre. Ya vienen. ¿Quiénes? Empujamos la puerta. Vamos. Fuerte. VENGA. La puerta cede y entramos en el piso. De un golpe cerramos la puerta y se acaban los pasos.

Esperamos un segundo. Escuchamos. Han parado los ruidos. Aquí no se escucha nada. Podemos respirar. Alzamos la vista y nos fijamos en el piso. Está todo oscuro. Nuestra vista tiene que acostumbrarse a la oscuridad. Un rayito de luz permite ver un poco. Hay algo delante nuestra. Un hombre colgado de una viga. Nos acercamos. El cuerpo aún se balancea un poco. Parece que- Golpe en la puerta. Nos quedamos congelados. Otro golpe. Alguien quiere entrar. Empiezan a golpear más fuerte. Otro golpe. Otro. Y otro. Escuchamos nuestros propios latidos. Como campanas golpeando violentamente contra nuestro pecho. El ruido es cada vez más agobiante. En la entrada vemos una mesita con varios papel con marcas rojas. Se escuchan unas llaves. Sentimos la necesidad de ver qué pone en esas hojas. Corremos hacia ellas. La cerradura gira. Manotazo y tenemos los papeles en nuestra cara. ¡NO! La puerta se entreabre. ¡DESHAUCIO! La puerta se abre.

-Pasen, por favor -dijo el hombre trajeado. Como ven es un piso nuevo, recién reformado. Está equipado con todo lo necesario. Salón luminoso, cocina amplia y dos baños. Un piso céntrico y cómodo.

-¡Qué bonito! Me encanta, ¿a ti, cariño?

-A mí también, amor.

-Desde aquí tiene una excelente vista de la costa y del centro de la ciudad. Es un piso perfecto para disfrutar de esta maravillosa isla -expresó el hombre trajeado con una sonrisa plástica.

-Esta isla es maravillosa. Por el momento solo vendremos de vacaciones, pero, bueno, creo que a futuro sería un lugar perfecto para él...

-O ella -dijo su marido poniendo su mano en su barriga.

-Ideal para ustedes. Disculpen. Una llamada. Un segundo, por favor. Sí -el hombre trajeado se quedó escuchando un par de segundos sin decir nada-. Sí... Ajá. Vale. De Alemania. *Kein Ding, mach ich im Schlaf*¹ -dijo al mismo tiempo que colgaba y metía delicadamente el móvil en su bolsillo de tela de lino.

-¿Algún inconveniente?

-Ninguno, señora. Solo que creo que tendrán nuevos vecinos.

-Oh, a propósito de esto, ¿cómo son-?

-No se preocupen. Aquí serán bienvenidos desde el primer momento. Los vecinos de este edificio son muy respetuosos. Vienen de todas las partes del

¹ “No hay problema, lo hago mientras duermo”.

mundo. Todo lo que quieren es descansar y disfrutar. Estoy seguro de que se sentirán muy a gusto en este vecindario tan... diverso -dijo con su estirada sonrisa. Bueno, si les parece podemos firmar el contrato.

-Perfecto.

-Perfecto, claro.

El hombre trajeado sacó un papel de su dossier. Lo desplegó sobre la mesa del salón y le cedió a la mujer su estilizada pluma negra con acabados plateados. La mujer miró a su marido y firmó. El tiempo se había detenido y solo se escuchaba la sutileza de la pluma en contacto con el papel. El marido también firmó. No había vuelta atrás.

-Muy bien -dijo el hombre trajeado apretando sus dientes relucientes-. Ahora, si me disculpan, he de marcharme. Cualquier cosa llámenme -y partió con paso rápido.

El hombre trajeado estaba a punto de marcharse pero la mujer no pudo evitar preguntarle algo en el último momento.

-Espere. Disculpe.

-Dígame, señora -dijo molesto pero sin hacerlo notar. Se dio la vuelta y volvió a mostrar su habitual sonrisa. Estaba con medio cuerpo tras la puerta.

-¿Cree que podremos tener una familia aquí?

El hombre trajeado se sorprendió por la pregunta. Ahora su sonrisa estaba oculta detrás de sus labios. Serio, meditó la respuesta y, finalmente, resolvió así:

-Miren, un hogar en lo máspreciado que puede tener una familia. Bajo este techo podrán vivir tranquilamente y si ustedes lo desean, por lo que intuyo, sí, podrán criar aquí a su futuro hijo. Les aseguro que en esta casa *ustedes* serán muy felices. *Muy felices* -sentenció con su sonrisa macabra y sus penetrantes ojos. Y cerró la puerta con fuerza.

Tomás Costela Freire

Para contactar: tomascostelafre1410@gmail.com